



Encrucijada de amor y de humor en el mundo

Por Rosa Mg Echeverría

*Afirmaba **Eliot**, hablando de la creación artística, que los grandes maestros se encuentran demasiado encumbrados y son demasiado remotos. De algún modo recuerdan a antepasados lejanos a los que casi se ha deificado, mientras que el poeta menor, el que ha guiado nuestros primeros pasos, se asemeja*

más a un admirado hermano mayor. En esta línea, al considerar el poderoso ensamblaje que estructura la personalidad humana, el sentido del humor se convierte en ese hermano mayor que nos conduce de la mano por los difíciles estados de ánimo de la vida que tantas veces nos hacen perder la estabilidad emocional.

El humor constituye el arma más poderosa para poder llegar al corazón de los hombres. Basta observar como en un encuentro entre dos amigos, mucho antes que la comunicación por la palabra, aparece ese rito gestual, sacralizado en lo más profundo de la naturaleza humana, que es la sonrisa. En realidad lo que de un modo específico nos diferencia de los animales es la risa, si exceptuamos la risa de la hiena, naturalmente, un aullido materializado en una carcajada que hiela la sangre. Tuve la oportunidad de escucharlo en vivo y en directo durante un viaje periodístico a Africa, en la reserva natural del Masai mara, en Kenia. Aquella noche en la sabana, a la luz de una luna que parecía de alabastro, se podían escuchar los lejanos rugidos de los leones y la penetración de la selva en nuestros sueños. Claro está que las

hienas nos dieron la noche con aquellos agrios sollozos que parecían carcajadas. Formaban parte del entramado dramático de la vida, caricaturas humanas de la risa marcando destemplados rumbos en la oscuridad.

El buen humor acerca, el mal humor separa.

Recuerdo que hablando con **Carmen Martín Gaité**,

poco antes de su muerte, me expresó un sentimiento que comparto plenamente.

Según me decía, uno de los valores que más admiraba en los seres humanos era el sentido del humor. Cuando se encontraba delante de uno de estos personajes privilegiados, surgía una especie de mágica

vinculación, un acercamiento. En cambio, las personas que carecían de este preciado don le producían un inmediato desasosiego.

Todas estas reflexiones vienen al caso a la hora de valorar esta cualidad tan humana y tan natural en un personaje tan sobrenatural y tan portentosamente humano como era Monseñor **Escrivá de Balaguer**, hasta el punto de que pudo afirmar mientras vivía que si algo deseaba dejar en herencia a sus hijos era el amor a la libertad y el buen humor.

UN HABLAR CASTIZO Y CHISPEANTE

Recuerdo mi asombro cuando le conocí por primera vez y pude escucharle en reuniones multitudinarias y en grupos reducidos. Resultaba manifiesta su espontaneidad, su chispeante ingenio, su capacidad para expresar las verdades más profundas con un lenguaje directo, que se introducía en el corazón de quienes le rodeaban, proyectando las





realidades vinculadas a la intimidad y muchas veces al sufrimiento de los hombres, con imágenes plásticas, llenas de fuerza, ligadas a la vida, utilizando refranes y expresiones acuñadas en ese prodigio semántico que surge de la convivencia diaria.

Por ejemplo, refiriéndose a la virtud de la humildad y a la necesidad del cristiano de pasar inadvertido, sin buscar protagonismos, indicaba que era necesario convertirse en «*el último botón del último botón*» o hablaba de la necesidad de tener el corazón «*cerrado con siete cerrojos*» para evitar desequilibrios afectivos. Empleaba tradicionales refranes a los que Dios transmitía sus divinas exigencias, como el tan utilizado en el lenguaje de la calle de «*obras son amores y no buenas razones*» o ese otro de «*gallo que no canta, algo tiene en la garganta*», indicando la necesidad de ser sinceros.

Sabía tomar el pelo a quienes estaban a su lado, provocando la risa espontánea y favoreciendo un ambiente proclive a esa atmósfera en la que se respiraba el aire limpio de una sana alegría. Ahora que vivimos inmersos en la desenfadada pasión del fútbol, también él disfrutaba observando el entusiasmo con el que muchos estudiantes o personas maduras con las que convivía seguían los partidos por televisión. Atajaba entonces los tensos momentos de jugadas dudosas con divertidas expresiones: «*¡Qué ridículo! ¡Todos persiguiendo un balón! ¿Por qué*

El Beato Escrivá bromea con varios fieles del Opus Dei, el 23 de mayo de 1974.



Con su agudeza, con sus rápidos comentarios, sabía colocarse en la situación de quienes le escuchaban, utilizando su pre'' lenguaje



Rosa Mª Echeverría es periodista y co-autora del libro "Crónica de la beatificación".

no le dan uno a cada jugador y así se solucionan los problemas?».

Enseñó siempre que Dios ama a quien da con alegría y que precisamente la alegría forma parte integrante del espíritu del Opus Dei. En cierta ocasión, en los comienzos de la Obra, un personaje que no llegaba a comprender su espíritu, sorprendido por el buen humor de tantos muchachos, realizó un comentario, un tanto *sui generis*, afirmando que hacían voto de alegría. Cuando don **Josemaría** se enteró, reaccionó como solía reaccionar en estos casos, es decir, sin dar la más mínima importancia a aquella ligereza y resumiendo la situación con un juego de palabras: «*¿Voto de alegría? Botamos de alegría, que es muy distinto*».

A PESAR DEL CANSANCIO

El esfuerzo que realizó por mantener ese impulso

constante de aliento, quedó patente en un encuentro que uno de sus protagonistas hizo público después del fallecimiento de monseñor **Escrivá de Balaguer**. L'Abbé **Guy Léonardon** se encontraba en 1971 en Roma cuando vino a visitar a don **Josemaría** un médico argentino que era miembro del Opus Dei. Desgraciadamente, ese día se encontraba en un estado de visible postración: apenas podía tenerse en pie por el cansancio. Entonces le oyeron murmurar: «*Señor, te ofrezco la mortificación de sonreír por este hijo que viene a verme*». Cuando se encontraron, las primeras palabras de esta persona, llenaron de sorpresa a los que eran conscientes de esta situación. «*No sabe hasta qué punto, durante todos estos años en los que no le he visto, el recuerdo de su sonrisa y de su buen humor han sido para mí un consuelo espiritual*». Fue, sin duda, la palpable respuesta de Dios ante ese gesto de generosa entrega.

En su personalidad no



cabían los formalismos ni las actitudes un tanto distantes. Cuando se reunía con gente joven, era muy frecuente que le contaran chistes que luego repetía, añadiendo algún comentario sobrenatural, siempre con un acusado ingenio. En cualquier comentario trivial aparecía esa chispa luminosa del buen humor. Por ejemplo, en Madrid se encontraba hablando con un grupo de personas pertenecientes al Opus Dei y pidió un vaso de agua. En ese momento, varias de esas personas se tuvieron

que marchar de viaje y le dio la bendición, no sin advertirles con buen humor: *«¡Ahora no vayáis diciendo que bebo agua bendita!»*.

Su buen humor procedía de la íntima convicción de que los pequeños y los grandes acontecimientos eran una mano tendida por su padre Dios para dirigirle por los complicados caminos de la vida

ANTE LOS ATAQUES

Incluso sus numerosos achaques físicos y sus graves enfermedades le sirvieron para reírse de sí mismo. Debido a una severa diabetes, tuvo durante muchos años un alto nivel

de azúcar en sangre que le causó numerosos trastornos físicos. Hablando de este tema, comentaba que muchos padres de la Iglesia habían pasado a la historia por sus cualidades características de sabiduría o de bondad y que a él, por las grandes cantidades de azúcar acumuladas en su organismo, seguramente le pondrían de sobrenombre *«Pater dulcissimus»*.

En otra ocasión, a raíz de una campaña desatada contra el Opus Dei en la que se propalaban auténticos disparates, le llegó la

EL BEATO Y LA "BEATLEMANÍA"

siempre impulsaba a los hijos suyos más jóvenes a divertirse de una manera sana y a desfogar así toda su energía, después de muchas horas de estudio. En esta línea, allá por los años cincuenta, un buen amigo de don **Josemaría** decidió cerrar un prestigioso Instituto de Belleza que tenía en Madrid. Como estaba liquidando todas las existencias, se encontró con un buen número de pelucas con largas melenas a las que no encontraba forma de darles salida. En lugar de tirarlas, recordó de pronto que don **Josemaría** podría darles buen uso para gastar alguna broma a sus chicos. No se lo pensó dos veces y se las envió directamente a Roma.

No pudo tener mejor idea, porque en aquellos años se vivía en Europa una auténtica *«beatlemania»*. Algunos hijos suyos estudiantes que se estaban formando en la ciudad eterna, además de invertir mucho tiempo en las clases, vivían eternamente enganchados a las guitarras en los ratos libres, tratando de interpretar las

maravillosas canciones de aquellos excéntricos melenudos que tantos trastornos estaban causando en el rígido mundo de los adultos. En efecto, don **Josemaría** reunió en el más absoluto de los secretos a aquellos entusiastas seguidores de los Beatles, que ya habían formado un improvisado conjunto, y les entregó las pelucas con la advertencia de que no debía de saberlo nadie. Al mismo tiempo, decidieron una fecha para montar un concierto en el salón de actos al que asistiría don **Josemaría** con un variadísimo público formado por profesores y alumnos, entre los que predominaba naturalmente la juventud. Como la mayoría de ellos habían llegado desde diferentes países africanos, asiáticos, americanos y europeos, los asistentes ya estaban acostumbrados a escuchar canciones procedentes de distintas culturas, cada cual vestido con sus ropas tradicionales de vistosos colores.

El concierto seguía su curso normal cuando, de repente,

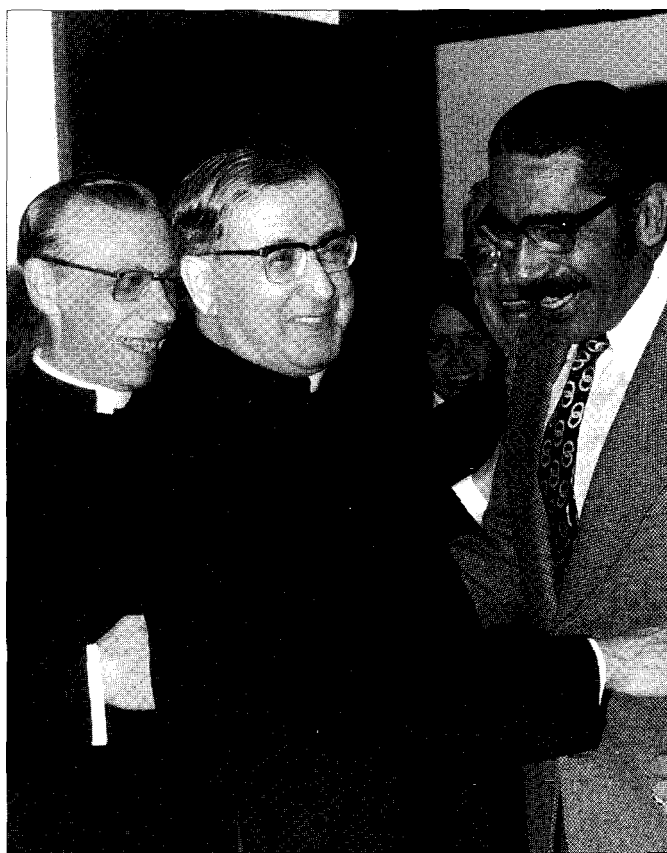
irrumpieron en el escenario unos seres peludos, vestidos de un modo estrafalario, adornados con collares y saltando y tocando las guitarras de un modo frenético. No les conoció nadie y los espectadores se quedaron sin respiración y sin poder comprender de dónde había surgido aquel equipo. Mientras a más de uno se le aceleró el corazón, todas las cabezas se volvieron de pronto hacia don **Josemaría**, temiendo su disgusto, aunque él permanecía impasible. Pero cuando aquellos excéntricos personajes se cansaron de aullar, sencillamente, y ante la general sorpresa, empezó a aplaudir. Hasta que los componentes del conjunto musical, después de unas cuantas reverencias en agradecimiento por los tímidos aplausos, no se arrancaron las pelucas, nadie descubrió su identidad, nadie excepto don **Josemaría**, que se estuvo riendo a carcajadas del desconcierto que habían sembrado. ■ **R.Ma E.**



noticia de que alguien había comentado que se elevaba del suelo al celebrar la Santa Misa. Por aquella época, y a causa de su enfermedad y de la medicación correspondiente, había aumentado considerablemente de peso, así que, al enterarse de ese rumor, no pudo evitar el comentario: «*¡Con lo gordo que estoy, eso sí que sería un milagro de primera categoría!*».

Le divertía de modo especial escuchar a unas estudiantes irlandesas que pertenecían a la Prelatura y que, al hablar, no acertaban jamás a distinguir entre el género masculino y femenino. Con gracia les tiraba de la lengua y les tomaba el pelo aprovechando los continuos equívocos de la conversación. «*Padre, tenemos "unos gallegos" muy "simpáticos" viviendo en la residencia de Dublín*». Don Josemaría se lo pasaba en grande gastándoles bromas. «*¡Ya me contaréis por qué habéis admitido a unos gallegos en una residencia de chicas!*». Ellas seguían imperturbables. «*Son muy "amigos" nuestros "los gallegos", nos ayudan mucho*».

Aceptaba con gran sentido del humor incluso las críticas hacia su persona. Un periódico francés había publicado un artículo sobre el fundador del Opus Dei que no se podía considerar precisamente elogioso. En ese momento quiso leerse a un grupo de chicas, también de la Obra, que se estaban formando en Roma. El autor del texto comenza-



El Fundador del Opus Dei ríe divertido, durante su viaje a América en junio de 1974. Su alejamiento de lo que pudiera suponer cierto aire «místico» rompía los esquemas.

ba describiendo su personalidad y hacía referencia a sus ojos inteligentes y expresivos que se adivinaban detrás de unas gafas de concha. En ese momento se quitó las gafas y exclamó: «*¿De concha? ¡De concha se vuelvan! ¡De pasta, y gracias!*»

“NO SOY SAN ROQUE”

En alguna ocasión, cuando le abrumaba materialmente la gente tratando de besarle la mano, gesto que en aquel momento era habitual en el encuentro con un sacerdote, respondía divertido: «*No, no, que no soy san. Roque*». Lo mismo sucedió en un acto oficial, donde un personaje de la vida pública se le acercó para comunicarle que eran paisanos, puesto que ambos habían nacido en Barbastro y habían recibido el bautismo en la misma pila bautismal. Inmediatamente le respondió con gran espontaneidad, dándole un abrazo: «*Eso significa que somos hermanos pilongos*». Naturalmente el protocolo desapareció sobre la marcha y surgió una relación cordial al amparo de esa sombra protectora que es el buen humor. ■ **R.111a E.**

BUEN HUMOR Y FILIACIÓN DIVINA

Un tema recurrente en su predicación desde los comienzos de la Obra era la idea de que para un cristiano la alegría se fundamentaba de un modo vital en tomar conciencia y asumir la realidad de la filiación divina. Por eso ha repetido en multitud de ocasiones y ante centenares de personas: «*¡Que estén tristes los que no se sientan hijos de Dios!*». Su buen humor proverbial procedía por tanto de la íntima convicción de que todos los pequeños y los grandes acontecimientos de cada jornada eran una mano tendida de su padre Dios para dirigirle por los complicados caminos de la vida. Por lo tanto, insistía en esta idea: «*Todo el mundo se da cuenta de que en el Opus Dei hay mucha alegría. La alegría sale sola, cuando nos sentimos hijos de Dios*».

Utilizaba una serie de símbolos muy gráficos que sirvieran de recuerdo permanente, lo que denominaba «despertadores». Así,

por ejemplo, ante la idea de que había que lanzarse al agua como los patos en cuanto salen del cascarón, —*¡patos al agua!*—, le gustaba tener cerca algunas figuritas de estos simpáticos animales, que solía regalar a quienes se lo pedían. En este caso diferenciaba a las patas, que tenían el pico abierto «*porque no paraban*

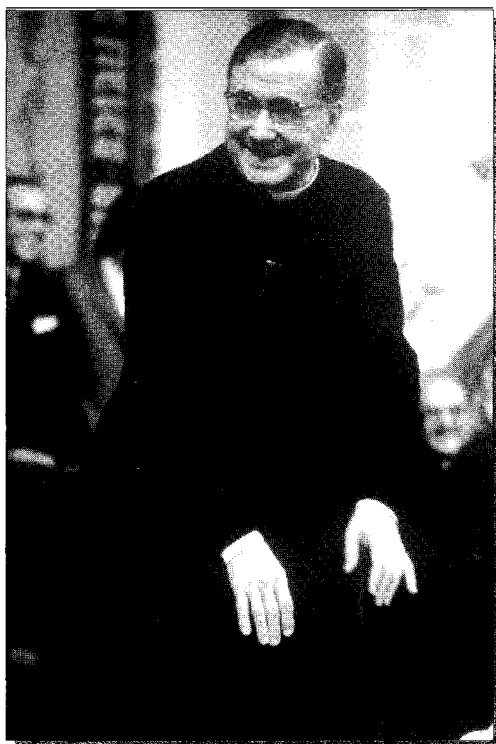


UNA HERENCIA DE BUEN HUMOR

de hablar». Otras veces se trataba de pequeños burros, animales que ponía de ejemplo en muchas ocasiones por su docilidad y capacidad de trabajo. En una ocasión, en Roma, una hija suya que se trasladaba de ciudad, le pidió una pata para llevarla de recuerdo. Al poco tiempo le entregó una foto suya con unas palabras escritas a mano: «*Ut jumentum.f*», y le explicó divertido: «Ya ves, me has pedido una pata y te doy un jumento».

BROMAS Y CARIÑO

No perdía oportunidad para gastar bromas a los muchachos que le rodeaban. Se trataba de gestos llenos de cariño que acababan transformándose en importantes lecciones. Cuando alguno se hallaba a su lado distraído, don **Josemaría** se apoyaba con fuerza en su hombro, hasta hacerle perder el equilibrio. Luego le ayudaba a levantarse sonriendo: «*No se te olvide nunca que necesito apoyarme en ti*». Siempre estaba pendiente de cualquiera que tuviera un rostro serio o un gesto preocupado, porque el buen humor es y siempre será una característica de la historia del Opus Dei. Por eso insistía: «*Servid al Señor con alegría. ¿Vosotros creéis que en la vida se agradece un servicio prestado de mala gana? No. Sería*



En una "tertulia" en Pozoalbero (Jerez), en 1972.

Abajo, con mujeres del Opus Dei, en Roma. Solía bromear con la macarrónica pronunciación española de algunas de procedencia no hispánica.

mejor que no se hiciera. ¿Y nosotros vamos a servir al Señor con mala cara? No, le vamos a servir con alegría, a pesar de nuestras miserias, que ya las quitaremos con la gracia de Dios».

En su vida, lo demostraba siempre con hechos, con ese aire cordial de familia. Precisamente en Roma, en el año 55, un conocido regaló un piano y lo envió a Villa Tevere, la casa central del Opus Dei. Don **Josemaría** pensó enseguida en sus hijas que llevaban la administración del centro y a las que les vendría muy bien distraerse escuchando un poco de música. El sistema para trasladar el piano, que pesaba lo suyo, no pudo ser más ingenioso. Se acercó a una sala de estudio donde se afanaban unos cuantos muchachos sobre los libros y preguntó en voz alta: «¿A

quién le gusta mucho la música?». Todos pensaron que les iba a invitar a escuchar algún concierto con él y levantaron presurosos los brazos: «¡A mí! ¡A mí!». Don **Josemaría** les contestó divertido: «*Entonces podéis ir a buscar el piano y llevarlo a la administración!*».

SOBRE LA MODA

Con su agudeza, con sus rápidos comentarios, sabía colocarse en la situación de quienes le escuchaban, utilizando su propio lenguaje, en el que surgían los términos coloquiales con una asombrosa naturalidad. Por ejemplo, en una tertulia delante de cientos de personas, le hicieron una pregunta en torno al mundo de la moda. En su respuesta se refirió a la dignidad de la mujer que se expresaba en su modo de vestir y que a veces los modistos, abandonando las normas estéticas más elementales, imponían su tiranía al vaivén comercial de ese gran imperio millonario. Comentaba que por someterse a las últimas directrices de la moda, muchas mujeres iban vestidas de un modo ridículo. No había más que observar a una señora voluminosa enfundada en unos pantalones ajustados, «*de manera que parece un globo terráqueo*». Estas palabras remarcadas con su característico acento aragonés, provocaban la risa general de los asistentes.

Aunque insistía en que había que situarse en las in-



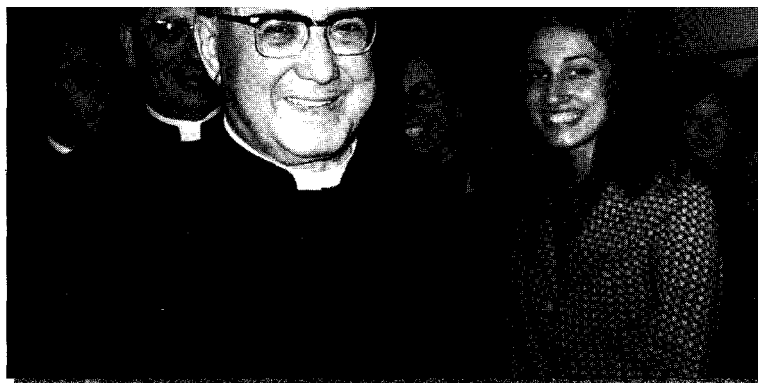


vestigaciones punteras y trabajar en las actividades creativas de vanguardia, buscando nuevas formas de expresión plástica, no se dejaba arrastrar por el éxito fácil de algunas corrientes artísticas, distinguiendo el verdadero arte de lo que puede ser un simple montaje de marketing. A una joven francesa que había estudiado Bellas Artes, le explicaba: *«Mira, hija mía, no hagas como esos pintores que colocan un lienzo enorme en el suelo, lo cubren de colores y después sueltan a una gallina para que corretee por encima. Tú tienes que darte cuenta de que la belleza nos conduce a Dios que es la Suprema Belleza».*

EL BASTÓN DEL PASTOR

Su humanidad, su poderosa sintonía con el mundo, su alejamiento de todo lo que pudiera suponer cierto aire «místico», rompía los esquemas, como pudo comprobar una periodista española que realizó un reportaje sobre la vida difícil de los pastores perdidos en las altas montañas. Uno de ellos le regaló un cayado que él mismo había ido puliendo y tallando con sus propias manos y que constituía una auténtica obra de arte. La parte superior se remataba con un cordero minuciosamente elaborado que tenía la particularidad de que, al levantarle el rabo, de su interior surgía un diminuto rosario.

Durante el viaje en el avión, esta periodista llevaba el bastón en la mano,



Gesto divertido del Beato Escrivá, en mayo de 1974.

cuidadosamente envuelto para que no sufriera ningún daño, porque pensaba entregárselo a don **Josemaría** con la esperanza de que, a raíz de ese simbólico presente, le hablara sobre la imagen del Buen Pastor. En efecto, se lo entregó, lo estuvo observando con gran detenimiento y, al levantarle el rabo, empezaron a aparecer las peque-

ñas cuentas que fueron recibidas con una carcajada. *«Hija mía, ya había visto caer muchas veces las cuentas, pero nunca engarzadas».*

En estos momentos trágicos de generalizado pesimismo, donde el desaliento cunde en todos los ambientes y a todos los niveles, sin poder encontrar un sentido a las catástrofes extremas en las que el mundo parece debatirse, las palabras del fundador del Opus Dei constituyen una llamada a la esperanza. *«La alegría es uno de los medios que nos da Dios para hacer el bien, porque el Señor se sirve de la alegría y de la serenidad de mis hijos para llevar su luz y su paz a las almas».* ■

LA FOTO DEL ENFADO

Por otra parte, el fundador del Opus Dei poseía un carácter enérgico y decidido, lo que hoy entenderíamos por un temperamento fuerte. Sabía impulsar y alentar con un derroche de cariño y, al mismo tiempo, cuando era necesario, corregía con extraordinaria firmeza. El mismo confesaba en público sus debilidades y sus luchas para dominar la viveza de su genio, así como los divertidos **medios** que utilizaba para vencerse a sí mismo. En cierta ocasión se hallaba fran-

camente disgustado por algún tema que había disparado los resortes de su paciencia, lo cual no deja de ser altamente reconfortante para los que vamos por la vida trampeando los obstáculos como podemos. Lo cierto es que tenía la cara seria y el gesto ceñudo, en vivo contraste con su habitual cordialidad. *«Me enfadé... y después me enfadé por haberme enfadado»*, explicaría después.

El caso es que, en su camino por las calles de Madrid, encontró un fomatón, y no lo pensó

dos veces. Entró dentro de la cabina y se hizo una serie de fotos de carnet, de esas en que la mayoría de los mortales quedan plasmados en una instantánea con rostro de forajido. *«¡Estaba divertidísimo con la cara de enfado!»*, comentó luego. Rompió todas las fotos y conservó una: *«la llevé en la cartera durante un mes. De vez en cuando la miraba, para ver la cara de enfado, humillarme ante el Señor y reírme de mí mismo: ¡por tonto!, me decía».*

■ **R.Ma E.**